

También en España, que mantiene una cruzada secular contra el mahometano, surgen estas Ordenes de carácter religioso-militar. Lo extraordinario es que no hayan aparecido antes. Desde el 718—Pelayo sobre el pavés, gruta de Covadonga, tradición milagrosa de flechas y rocús—hasta este 1157, en que un rey de Castilla hiciera donación a dos monjes de la fortaleza de Calatrava, han transcurrido más de cuatro siglos. Pero ya tenemos aquí los mágicos nombres: ¡Calatrava, Alcántara, Santiago, Montesa!

La primera por su antigüedad, por el poder de sus Maestros, la fama de sus caballeros y clérigos, la extensión de sus tierras y villas, la fortaleza de sus castillos y el prestigio de su historia, es esta Orden de Calatrava. Sus miembros ostentan orgullosos sobre la albura del manto la cruz escarlata de brazos iguales. Sus donaciones saltan las fluctuantes fronteras castellanas par extenderse desde Navarra al Guadalquivir, salpicando tímpanos de iglesias y portadas de palacios con la heráldica de sus blasones.

Pero es aquí, en la tierra árida y seca de la Manxa árabiga, cuna de calatravos cabe el Guadiana y sobre la llanura, donde la Orden tendrá sus villas mejores y sus ingentes fortalezas, su ciudad capitular y sus campos dilatados, perdiéndose en la horizontalidad casi perfecta de la meseta.

¡Campos de Calatrava! Escenario mudo de razzias y algaras; camino de cruzados extranjeros, andado y desandado por quienes no pudieron resistir el rigor canicular: zona fronteriza repoblada a costa de riesgos y sacrificios: tierra yerma y estéril, abonada con sangre de héroes...

¡Campos de Calatrava! Los castillos con almenadas torres son hoy unas ruinas despreciables. La reciedumbre de sus murallas se ha desmoronado en disformes montones de piedras.

¡Campos de Calatrava! Silencio. Quietud. Una sombra—la Historia— cruza fugaz para darles vida...

Y mientras, sobre las piedras y en la plenitud de la tarde estival, los lagartos se calientan al sol.

## ESTAMPA PRIMERA

### FUNDACION

De orden del rey don Sancho, al que las crónicas llaman *El Deseado*, los heraldos pregonan por doquier la noticia: «...Si algún caballero o persona poderosa se atreve a tomar a su cargo y riesgo la defensa de Calatrava, le será cedida por jurc de heredad para sí y sus herederos con todos sus términos, castillos y aldeas.»

¡Ay, que Calatrava se pierde! ¡Ay, que los caballeros de Montfranc que guarnecen la fortaleza son muy pocos para resirtir la morisma.

Aquella villa estratégicamente situada en la Oretania romana entre Córdoba y Toledo; aquella *Kalaat-Raawak* de los árabes, símbolo de las ganancias o conquistas obtenidas contra los cristianos; aquel bastión avanzado sobre el Guadiana, que conquistara un día de enero de 1147 (ahora se han cumplido los ocho siglos), Alfonso VII, el primer Emperador de España; aquella fortaleza que durante una década costara tantas vidas a los caballeros encargados de su defensa... se perdía. ¡ay! irremisiblemente.

Muerto Alfonso, el que aterró al Islam con sus conquistas, Castilla y León quedan nuevamente divididos por el desdichado carácter patrimonial de la Monarquía. Sancho III y Fernando II se desgastan en prolongada y cruenta lucha fratricida. Y los musulmanes, pescando en el río revuelto de las disidencias, recuperan Almodóvar, Alarcos, Caracuel... Los campos que rodean a Calatrava son nuevamente dominio del infiel. Y allá, sobre el cerro, mientras sus escasos defensores otean el horizonte, esperando el auxilio salvador y temiendo la plaga agarena, Calatrava permanece alertá y vigilante, firme y erguida, ofreciéndose como premio y holocausto a la vez.